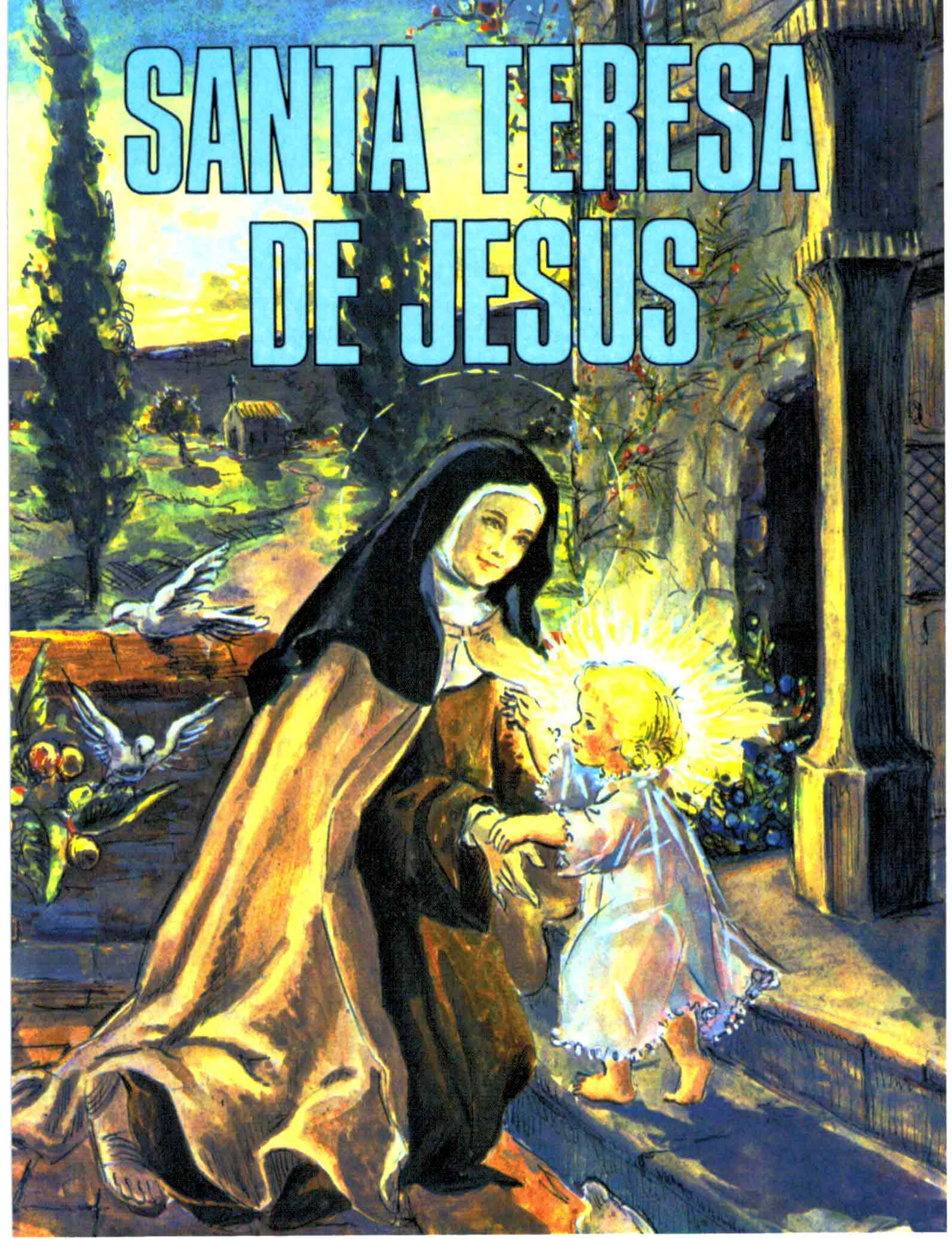
SANTA TERESA DE JESUS



SANTA TERESA DE JESUS

Texto e ilustraciones:
PRIPALMARI

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/ RECAREDO, 14 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica. ISBN: 978-84-7770-328-0. Depósito legal: SE 3.585-2012.

Primeros años

Estamos en Avila, hace cuatro siglos, allá por el año 1522. Don Lorenzo de Cepeda y Doña Beatriz de Ahumada son un virtuoso matrimonio al que el cielo ha bendecido con 9 hijos. Todos son buenos, pero hay una que es un verdadero encanto. Guapa, alegre, lista, servicial, graciosa. Teresa lo reúne todo. Pero lo mejor que tiene es que se da cuenta de que todo esto lo ha recibido de Dios.

Con ser tan alegre, Teresa es de una profundidad no corriente a sus años, No tiene mas que 6 ó 7 años y está impresionada con la idea de la eternidad. ¿Será posible que el cielo y el infierno no vayan a acabar nunca? Sí, es seguro. Teresa lo cree a pies juntillas porque tiene fe, que es la virtud que nos hace creer las verdades que Dios nos ha revelado.

Y se lo comunica a Rodrigo, su hermano predilecto. En el jardín de la casa los dos hermanos cambian impresiones:

—¿Será posible, Teresa, que el cielo y el infierno nos vayan a durar para siempre?

—Sí, sí; no lo dudes, por eso lo importante es ser buenos para ir al cielo y estar con Dios, para siempre.

Se ha hecho tarde; los otros hermanos están ya todos en casa. Pero Teresa y Rodrigo siguen en el jardín repitiendo ensimismados: ¡Para siempre, siempre, siempre!...

En busca del martirio

A Teresa le encanta leer. Todos los ratos que puede se va con Rodrigo al jardín y, allí, leen vidas de Santos. Las que más les gustan son las de los mártires: San Pancracio, San Tarcisio, Santa Inés y otros, que volaron al cielo siendo aún niños.

—Oye, Rodrigo —dijo un día Teresa—, ¿no encuentras que estos santos tuvieron mucha suerte? Otros tienen que esperar muchos años para ir al cielo; ellos en cambio, en unas horas lo ganaron. ¡Y para siempre!

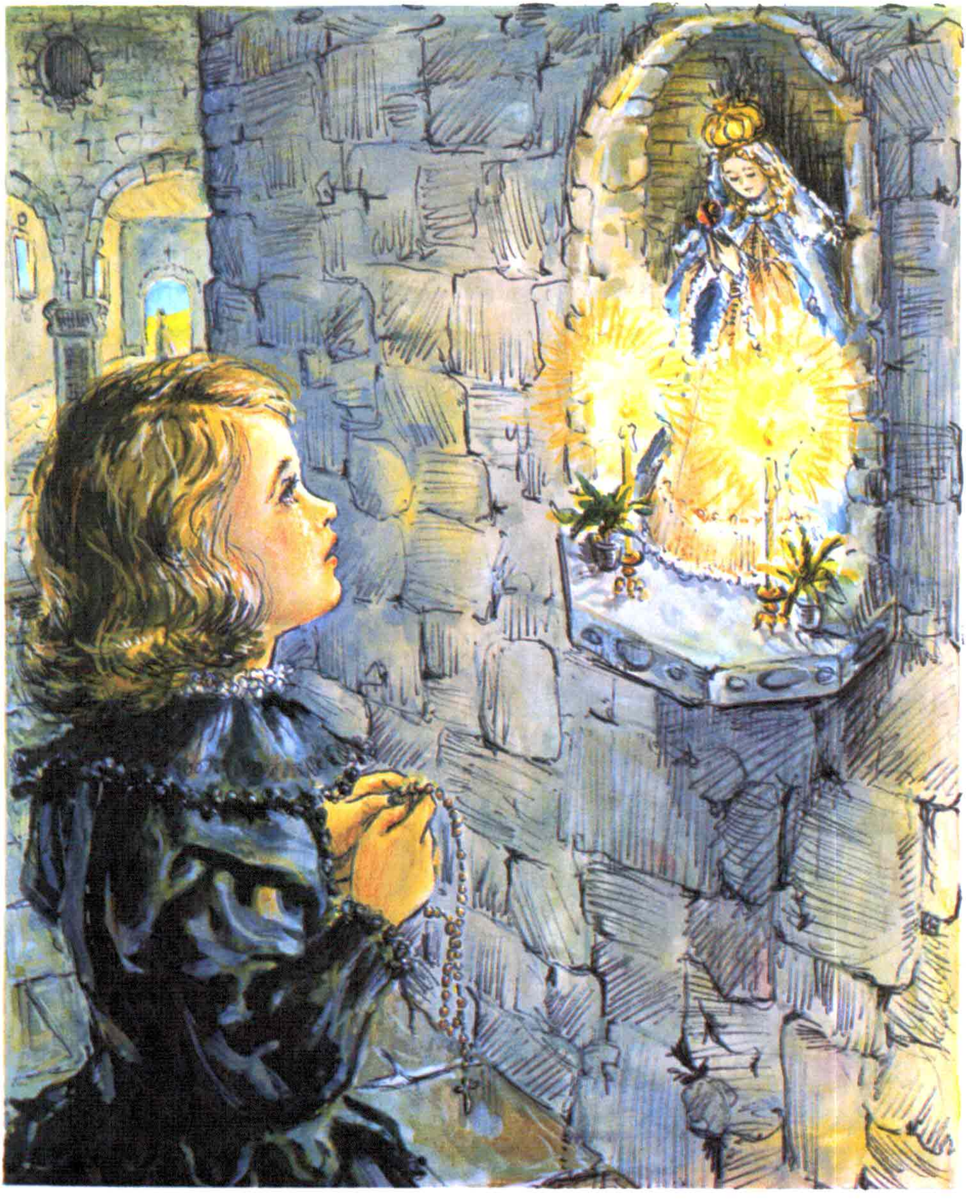
Rodrigo no parecía tan entusiasmado, pero Teresa le fue convenciendo. Lo mejor era ir en busca del martirio. Una mañana, cuando aún dormían todos en casa, se levantaron sigilosamente y echaron a andar camino de Salamanca, por donde seguramente —pensaban ellos— llegarían pronto a Africa. Allí dirían que eran cristianos para que les cortaran la cabeza. Al llegar al lugar llamado «Los cuatro postes» tuvieron hambre y se sentaron a comer. De pronto, oyeron el galope de un caballo que venía en dirección a Avila. ¡Horror! Era su tío, Don Francisco de Cepeda, que se quedó asombrado al ver allí a sus sobrinos:

—¡Con que a tierra de moros, eh! ¡Vamos a ver primero qué dicen vuestros padres!

Y montándolos en su caballo les obligó a volver a casa. Rodrigo iba temblando por la que les iba a caer.

—Lo explicas tú, Teresa.

Y Doña Beatriz no les regañó nada, porque en el fondo estaba orgullosa de tener una hija como Teresa.



La Virgen es mi madre

Cuando Teresa vio que no podía ser mártir, decidió ser ermitaña. Le encantaba estar sola en aquel rincón del jardín, donde nadie la estorbaba. Rezaba sus devociones, que eran muchas, en especial el Rosario, y cuando le daban algún dinerillo, sacrificaba sus caprichos infantiles para darlo a los pobres.

Rodrigo seguía siendo su compañero inseparable. Con barro y piedras construían unas ermitas que quedaban preciosas, pero a cualquier vientecillo se les caían.

—Ves, Rodrigo, todo se pasa —suspiraba Teresa.

Le gustaba jugar con otras niñas a hacer monasterios como si fueran monjas, porque aunque no se lo había dicho a nadie, deseaba serlo.

Teresa era feliz. Todos sus hermanos la querían muchísimo porque ella procuraba siempre darles gusto, aunque para esto se tuviera que sacrificar muchas veces.

Pero esta felicidad no iba a durar mucho. Sólo tenía 13 años cuando su madre se puso enferma y al poco tiempo murió. Imposible explicar el dolor de Teresa. No sólo por lo muchísimo que la quería, sino por que se daba cuenta de que la pérdida de una madre es algo irreparable, y de que le faltaba cuando más necesitaba de su ayuda y consejos. ¡Nadie podía consolar su pena!

Como tenía tanta devoción a la Virgen se fue a una ermita, donde hay una imagen muy venerada en Avila, y se arrojó a sus pies sollozando: ¡Virgen Santísima —decía entre lágrimas—, sé tú mi madre!

Y la Virgen escuchó su oración, porque en todos los momentos difíciles de su vida sintió siempre Teresa que la Virgen estaba con ella.

La vocación

Mientras Teresa tuvo amigas buenas todo fue bien. Pero cuando murió su madre empezó a frecuentar su casa una prima suya que no era mala, pero sí bastante ligera e insustancial. No pensaba más que en presumir y en arreglarse. Quería que Teresa hiciese lo mismo y lo consiguió.

También les dio por leer novelas que les llenaban la cabeza de fantasías y que hicieron olvidar a Teresa los buenos deseos de sus primeros años.

No habían pasado cuatro meses cuando Teresa empezó a cansarse de aquella vida. Poco a poco empezó a comprender que su corazón estaba hecho para Dios, y que nada, fuera de El, lo podía llenar. Porque Teresa tenía vocación, aunque todavía no se daba bien cuenta.

Hay personas que no entienden la vocación. Creen que para meterse de monja o para ser sacerdote hace falta que le guste a uno sacrificarse, darse mala vida, renunciar a muchas cosas. Pero están equivocados, porque esto no le gusta a nadie. Lo que pasa, es que en el fondo del alma se ha oído la voz de Jesús que dice:

—«¡Ven, sígueme!»

Si el alma titubea, Jesús insiste:

—«Si quieres... Yo no te obligo, pero... si quieres...»

Teresa oyó esta voz y como era valiente y generosa, decidió seguirla, aunque le costara la vida. Sería Carmelita. Pero antes convenció a su hermano Antonio de que lo mejor del mundo era seguir a Jesucristo.

Una mañana muy temprano, sin decir nada a nadie, salieron de casa y fueron a llamar a la puerta del convento de la Encarnación. Después Antonio se iría al de los Dominicos.

El infierno

Ya está Teresa en el Monasterio. Va vestida con el hábito de las Carmelitas, que es el Hábito de la Virgen, y cada día que pasa se siente más feliz. Le han mandado barrer los claustros y lo hace con una alegría mayor que si tuviera todos los tesoros de la tierra. Le gustan mucho todas las cosas del convento, pero sobre todo la oración.

Un día tuvo una visión que le hizo una impresión tremenda. Vio el infierno y las penas que padecen los condenados. Sus confesores le mandaron escribirla, y ella lo contó así:

«Era la entrada como un callejón oscuro, largo y muy bajo como un horno. Al final de él había un hueco muy estrecho donde metían a los condenados. Los tormentos y dolores eran horribles. El fuego, no solamente abrasaba por fuera sino también por dentro. Allí nadie podía sentarse, ni echarse, porque las paredes eran espantosas y apretaban y ahogaban. Aunque no había allí luz sino tinieblas oscurísimas, todo lo que era horrible y espantoso se veía muy bien. El suelo era de un cieno repugnante, con un olor que no se podía sufrir y lleno de sapos y culebras. Con ser estos tormentos terribles, era mucho mayor la pena y la desesperación del alma, sobre todo al pensar que había perdido a Dios para siempre, siempre, siempre».

Algunas personas no comprenden cómo Dios, siendo tan bueno, ha podido crear el infierno. La verdad es que Dios lo ha hecho precisamente por lo mucho que nos quiere. Es como un padre que, cuando ve que su hijo no le obedece por cariño, le amenaza con un castigo, para ver si así consigue que sea bueno y no tiene que castigarle.

Reformadora

¿Qué podría hacer Teresa para que no se perdieran tantas almas? Este pensamiento no le dejaba sosegar, hasta que se le ocurrió fundar un conventito pobre y pequeño donde pudiese guardar su Regla con perfección. Serían muy pocas monjas y vivirían de su trabajo y de las limosnas que les quisieran dar. Harían mucha oración y penitencia y lo ofrecerían todo por el Papa, por la Iglesia, por los Obispos y Sacerdotes que tienen que trabajar y luchar por ella. Y también por los herejes, que se habían separado de la Iglesia católica, y por los indios de América, que no tenían quien les enseñase la verdadera doctrina.

Pero, ¿cómo se las arreglaría ella, una pobre monja, sin cinco céntimos, sola, sin nadie que le ayudase?

Teresa pedía a Dios que le hiciese conocer su Voluntad. Un día, después de comulgar, Nuestro Señor le mandó que no dejase de hacer el monasterio, que El ayudaría, y que se llamase «San José». Que en una puerta la guardaría este Santo bendito, en la otra la Santísima Virgen y El mismo, Jesús, estaría en medio de ellas.

Teresa ya no dudó más y puso manos a la obra. Tuvo que hacer grandes sacrificios: Dejar su convento, donde estaba muy contenta y tenía muchas amigas, y sufrir muchas persecuciones y trabajos. Porque no paró la cosa aquí, sino que de todas partes le pedían nuevos monasterios.

Recorrió casi toda España, pero no en tren ni en avión, sino en carros de mulas por caminos malísimos, con frío y calor, lluvias y nieves, sin tener para pasar las noches más que una mala posada. Y todo esto enferma y cansada. Para todo le daba fuerzas el amor de Dios.

Oración y Penitencia

Los monasterios que fundaba la Madre Teresa eran tan peqeños y pobres que ella les llamaba: Palomarcitos de la Virgen.

Quería que se parecieran a la Casita de Nazaret, donde la Santísima Virgen, modelo de toda Carmelita, hizo el mayor apostolado que se ha hecho jamás en el mudo, después del de Jesucristo.

¿Qué hacía la Santísima Virgen en Nazaret? No enseñó, no predicó, no escribió, no dijo a nadie que era la Madre de Dios, ni que aquel Niño, que era su hijo, era también Hijo de Dios.

Practicó la humildad, la pobreza, la obediencia, lo mismo que San José. Y lo que es aún mucho más: el mismo Jesús practicó todas esas virtudes.

Las Carmelitas han renunciado a muchas cosas que podrían tener si quisieran. Su celda es pobre; no tiene muebles, ni siquiera una silla donde sentarse. Llevan un hábito que las mortifica; ayunan, pasan calor en verano sin hacer nada para no pasarlo, y frío en invierno porque no quieren tener calefacción ni estufa. ¿Por qué? Porque miran a Jesús en Belén, en Nazaret, en el Calvario y ven que El tampoco quiso tener nada de eso.

Jesús quiso redimir al mundo por la oración y la penitencia y quiere que las Carmelitas le ayuden a salvar a las almas así, de esa misma manera. Y como hay muchas personas que no hacen nada de esto, las Carmelitas quieren hacer un poquito más por amor de Dios. Y son tan felices que sus conventos son como un cielo en la tierra.

Doctora de la Iglesia

Lo que más le gustaba a la Madre Teresa era estar en su celda sentada en el suelo trabajando y pensando en Dios. Pero sus Superiores le mandaron escribir. Ella lo sintió mucho porque no le gustaba enseñar; más bien pensaba que tenía que aprender de todos. Además, le daba pena no poder ayudar a las Hermanas que trabajaban para ganar de comer.

Pero sabía que para tener contento a Jesús, lo principal es obedecer, y escribió. Sus principales obras fueron: El Libro de su Vida, el Camino de Perfección, Las Fundaciones, Las Moradas y algunas otras. Escribió también muchas cartas a sus confesores, a sus monjas y a muchas personas seglares que le contaban su penas y le pedían la ayuda de sus oraciones.

Las monjas se preocupaban porque su Madre Priora no dormía. Cierta noche, una de ellas se levantó, vio luz en la celda de la Madre y entró. Miró y quedó maravillada. No era la luz del candil la que envolvía a la Madre, sino una luz celestial y divina que parecía venir del cielo.

La Santa, con el rostro radiante, no parecía estar sobre la tierra. La pluma que tenía en la mano se movía sola a gran velocidad e iba cubriendo el papel que tenía delante y que minuto antes estaba en blanco. Sobre su cabeza revoloteaba una paloma blanca. Era sin duda el Espíritu Santo que escribía una página de Las Moradas.

El Santo Padre Pablo VI proclamó a Santa Teresa de Jesús Doctora de la Iglesia.

Maestra de oración

A Santa Teresa le parecía que el mayor bien que puede haber en la tierra es hacer oración o sea rezar. Para esto no hay que esperar a tener muchos años, cuanto antes empieces, mejor.

Aunque tú tengas pocos, puedes entender muy bien lo que enseña Santa Teresa. Ella dice que las mejores oraciones son el Padre Nuestro, el Ave María, la Salve, el Acto de contrición y el Rosario. Pero dice también que, cuando las rezas, tienes que procurar no estar distraído, sino pensar lo que dicess. Como tú sólo no podrás conseguirlo, lo mejor es pensar que Jesús está a tu lado y que El te va a enseñar a rezar.

Te habrá pasado alguna vez que, si tienes un Maestro que no te entiende o que no te quiere, todo te sale mal.

Pero Jesús es un Maestro bueno, que te quiere a ti más que nadie y que te enseña con un cariño que no cabe más.

Así que cuando dices: «Padre Nuestro», tienes que pensar que ese Padre es Dios y que, como es también Padre de Jesucristo, te hace a ti hermano suyo. Así que Jesús es tu hermano y tu amigo, que está siempre contigo y quiere que tú te acuerdes de él, le pidas que te ayude, en el colegio, en casa, en todas partes.

Si Jesús ve que tú procuras estar siempre con El, no se apartará nunca de ti. ¿Piensas que es poco tener tan buen amigo al lado?

Santa Teresa y la Eucaristía

A lo mejor tú piensas que si hubieses vivido en los tiempos de Jesucristo te habría sido más fácil ser su amigo, pero, un amigo al que no puedes ver, ¿cómo vas a estar con El?

Santa Teresa explica esto diciendo que, aunque Dios está en el cielo, está también en nuestro corazón y ahí le tenemos que buscar y hacer compañía.

Pero, además, dice ella que nosotros tenemos más suerte que los que vivieron con Jesucristo porque tenemos un tesoro que ellos no tuvieron. Este tesoro es la Sagrada Eucaristía. Nuestro Señor se ha quedado con nosotros para ser nuestro alimento, nuestro compañero y amigo.

Si no has hecho la Primera Comunión, prepárate para recibir a Jesús con el mayor cariño posible. Si la has hecho, procura comulgar siempre que puedas, confesándote primero si has hecho algunas faltillas.

Santa Teresa deseaba ardientemente comulgar, cuando no comulgaba parecía que le faltaba la vida. Decía ella que después de comulgar hay que aprovechar ese rato para pedir al Señor todo lo que necesites, y que así como uno que pasa la noche en un hotel suele pagar bien el hospedaje, así hace Jesús cuando comulgamos. Nos paga llenándonos de gracias.

También decía la Santa que después de comulgar se figuraba que estaba sentada a los pies de Jesús como pintan a María Magdalena, y si no se le ocurría nada qué decirle, le miraba con mucho cariño.

¡Todo se pasa!

Algunas personas tienen miedo a la muerte. Santa Teresa, al contrario, deseaba morir para ver a Dios. Por eso, había escrito estos versos:

Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero
que muero porque no muero.

También decía que le gustaba mucho oír el reloj, porque hora que daba le parecía que le faltaba un poco menos para ver a Dios.

Sabía que el que nos va a juzgar es Jesucristo y eso le llenaba de consuelo. ¡Qué alegría —decía— pensar que voy a ser juzgada por Aquel que he amado sobre todas las cosas!

También decía muchas veces:

—¡Todo se pasa! ¡Sólo Dios basta!

Y como es verdad que todo se pasa, se ha pasado ya la vida de la Madre Teresa. Aquella niña tan mona que jugaba en el jardín de su casa está ya enferma y cansada.

Ahora va a hacer su último viaje. Vuelve de Burgos, una fundación que le ha costado muchos trabajos, y hace una alto en el convento de Alba de Tormes. Las monjas la reciben con muchísima alegría, pero ella les dice:

—«¡Válgame Dios, mis hijas, y qué cansada me siento!»

¡Al Cielo!

¡Y tan cansada que está la Madre Teresa de Jesús! Como que se nos va al cielo. Sus hijas la han hecho acostarse en un pobre jergón de paja y allí recibe la Unción de enfermos y el Santo Viático.

Al ver entrar a Jesucristo oculto en el Santísimo Sacramento, exclama:

—«¡Ea, Señor! ¡Ya es hora que nos veamos!»

—«¡En fin, Señor, muero Hija de la Iglesia!» —Y entrega su alma a Dios».

Las campanas del convento tocan a muerto. Pero en el cielo tocan a gloria. ¡Ha entrado Santa Teresa de Jesús, una de las santas más grandes de la Iglesia!

9 788477 703280